

Entre juegos y tareas: Una etnografía de las actividades cotidianas de los niños A'uwë-Xavante (MT, Brasil)

Cita: Nunes Ángela. 2013. Entre juegos y tareas: Una etnografía de las actividades cotidianas de los niños A'uwë-Xavante (MT, Brasil) En, Ludicamente Año 2 N°4, Octubre 2013, Buenos Aires (ISSN 2250-723X) Primera versión recibida el 20 de Agosto; Versión final aceptada el 20 de Septiembre de 2013. Traducción Noelia Enriz y Carolina Duek

Resumen

Neste artigo apresento uma etnografia da vivência lúdica presente no cotidiano das crianças indígenas A'uw?-Xavante, que não só se manifesta em brincadeiras e jogos como também perpassa a sua participação em tarefas de produção familiar e comunitária. Desenvolvido em 1990-96 e originalmente publicado em 1997 como parte de dissertação de mestrado, este estudo evidenciou a ausência de estudos antropológicos sistemáticos que então havia sobre a infância indígena no Brasil, e sobre a infância em geral, e teve como objetivo trazer a criança para primeiro plano, tentando demonstrar que a "antropologia da criança" era possível, viável e que abriria novas perspectivas para o conhecimento das sociedades. O brincar é aqui proposto como uma espécie de 'denominador comum' às crianças de todo o mundo, manifestando universalidade e concretizando a sua essência na singularidade sociocultural de cada povo. Palavras-chave: brincar, crianças, A'uw?-Xavante, povos indígenas no Brasil

Summaries

En este artículo presento una etnografía de la vivencia lúdica presente en las actividades cotidianas de los niños indígenas A'uw?-Xavante, que no solo se manifiesta en juegos sino también traspasa a su participación en tareas de producción familiar y comunitaria. Desarrollado entre 1990-1996 y originalmente publicado en 1997 como parte de mi tesis de maestría, este estudio evidencio la ausencia de estudios antropológicos sistemáticos que hasta entonces había centrados en la infancia indígena en Brasil, y sobre infancia en general, y tuvo como objetivo traer a la infancia a un primer plano, intentando demostrar que la "antropología de la infancia" era posible, viable y que abriría nuevas perspectivas para el conocimiento de las sociedades. Jugar es propuesto como una especie de "denominador común" de los niños de todo el mundo, manifestando universalidad y concretando su esencia en la singularidad sociocultural de cada pueblo. Palabras clave: jugar, niños, A'uw?-Xavante, pueblos indígenas de Brasil.

[1]

[2]

Presentación

Al hablar de juegos[3] infantiles, dándoles importancia, lo habitual es pensar en una serie de actividades destinadas a fomentar la incorporación de reglas y valores que permean los mecanismos de socialización por los cuales los individuos pasan a lo largo de los primeros años de vida. Aunque reconozco la validez de esta opinión, pienso que la importancia de los juegos se extiende más allá, alcanzando otras instancias de la existencia y cumpliendo una multiplicidad de roles todavía por develar. Esta afirmación se fundamenta en mi observación de niños y niñas en diversas sociedades y contextos[4], y en estudios etnográficos desarrollados en 1987 entre los indígenas Tuxá (Nunes 2011) y, más sistemáticamente, entre los indígenas A'uw?-Xavante [5], en la década de 1990, con objeto de conocer a los niños y niñas en dichas sociedades [6]. Estos diversos estudios me permitirán constatar que los niños se expresan, esencialmente, a través del juego y que éste está presente incluso cuando se desempeñan tareas familiares y comunitarias. Propongo, entonces, pensar el carácter lúdico con que los niños actúan como 'denominador común' de los niños de todo el mundo, manifestando universalidad y, al mismo tiempo, concretando su esencia en la



singularidad sociocultural de cada pueblo.

Maybury-Lewis (1984:112-120) nos cuenta que los niños Xavante pasan el tiempo viendo lo que sucede en la aldea y jugando, muchas veces imitando a los adultos, ayudando en pequeñas tareas y andando detrás de los demás. Dice, además, que en esa edad toman conciencia de importantes diferencias presentes en la vida de su pueblo, a saber: entre niños y niñas, jóvenes y viejos, consanguíneos y afines. Sugiere que, no obstante la aparente falta de disciplina expresada en la libertad de poder hacer todo, al mismo tiempo en que no es obligada por los adultos a hacer nada, y en ausencia de la ansiedad por parte de éstos en enseñarles lo que sea, los niños Xavante logran la autosuficiencia durante estos primeros años de su vida y su integración en el mundo adulto de la comunidad se consigue plenamente. No analiza, sin embargo, el modo como sucede ese aprendizaje para la vida. Durante ese período de intenso aprendizaje, el individuo es niño y juega la mayor parte del tiempo. Jugar, que tan alocadamente expresan, se evidencia como un modo de conocerse, en movimientos de transmisión y recepción propias, internas y externas, que se revelan adecuados en tiempo y espacio. Mi investigación junto a los Xavante, reveló aspectos importantes sobre el entendimiento de jugar como ampliación progresiva de la experiencia cultural y social de los niños y niñas, como elemento participativo en la construcción de la persona, en un proceso gradual de ordenamiento, integración e identificación del individuo, en relación con sí mismo y con varios agrupamientos sociales de los que forma parte. El juego surge como expresión de una necesidad interna de crecimiento que, se estimule o no, acaba por cumplirse.

En este artículo presento la etnografía de varias facetas de aspectos cotidianos de los niños en la aldea Namunkura enfatizando la dimensión lúdica que las atraviesa, evidenciando detalles hasta aquí casi desapercibidos, y defendiendo su importancia como fuente de información y reflexión sobre la sociedad. Es importante destacar que agrupar los juegos y las actividades infantiles, tal como lo hago en las próximas páginas es un recurso metodológico para organizar los datos recolectados. En términos de evaluación y análisis interpretativo, lo que en algún momento esté clasificando como rituales, prácticas corporales, productivas, rítmicas, espaciales, temporales, etc. En verdad pueden ser todo eso al mismo tiempo. Por ejemplo, cuando una niña está cantando y bailando, saltando de un charlo de agua de lluvia a otro, en cada uno reproduciendo el movimiento que expresa el necesario balanceo del cuerpo para cosechar arroz o maíz, y que es el mismo movimiento de algunas danzas femeninas, ella está conjugando ritmo, espacio, tiempo, ritual, cuerpo, *criação*, trabajo, espontaneidad, descubrimiento, diversión, particularismo y universalismo.

El juego, las actividades cotidianas y las tareas productivas.

El movimiento en la aldea Namunkurá comienza temprano. Todavía oscuro, se escucha a los hombres en el centro de la aldea, conversando y calentándose con los restos de fogata. Con la primera claridad, las puertas de las casas se van abriendo, se escuchan voces y llantos de niños. Mantas, telas y esterillas son colocados en el techo y los postes de las casas para ventilarse. La primera ida al río, para la higiene del comienzo del día, se destina también a lavar las ollas, platos y otras cosas que se usaron en la víspera, después de oscurecer. Los niños atraviesan la aldea con su canastito con jabón y algunos otros utensilios de higiene. Cada familia se organiza a su modo las tareas domésticas, función de las mujeres, que se hacen acompañar y ayudar por todos los niños de la casa: hijos, hijas, nietos y nietas.

Las madres, al salir, definen las tareas de cada uno, aunque estos pueden negarse a realizarlas argumentando cansancio, calor, mosquitos, etc. En ese caso, se quedan en casa a cuidar a los hermanos mejores. Esta negociación transcurre sin conflicto y sólo cuando es "por pereza" las madres y padres insisten, llegando incluso a obligarlos. Los chicos se quejan de despertar antes del amanecer, cuando todavía está frío, para acompañar a padres y padrinos en la pesca o la caza, pero solo hasta los 6 o 7 años tienen éxito en su argumentación. El día a día de los niños se reparte entre las diversas tareas domésticas que hacen solitos y aquellas en las que ayudan –lavar ropa, cuidar a los más pequeños, bañarlos, llevar agua para la casa, ayudar en la preparación de alimentos, llevar y traer mensajes o cosas, juntar las gallinas dentro de las casas- y deambular por la aldea. También participan de las actividades productivas de la familia, de cosecha y recolección, preparación de harina de mandioca, confección de cestería y adornos, aunque mas no sea observando[7].

Ni bien la estructura física se los permite, todos participan en estas actividades, estando implícito un proceso educativo de cuyos resultados depende toda la comunidad. Su participación tiene significado real y aplicabilidad concreta en el ámbito de la familia y de la comunidad. El componente lúdico, sin embargo, está siempre presente, incluso disimulado por la responsabilidad asumida, por ejemplo, juntar las gallinas dentro de las casas, tarea de los niños menores, frecuentemente se convierte en un animado juego de chocarse con las aves. La orilla del río es escenario para el lavado de los utensilios domésticos. La vajilla más difícil queda al cuidado de las mujeres. La restante de las niñas [8] que, de acuerdo con la edad demoran más o menos tiempo y lavan mejor o peor. Con 6 o 7 años son responsables de los platos, vasos, tazas y cubiertos. Mientras lavan es frecuente que se distraigan con lo que sucede en la orilla del río, personas, conversaciones, el canto de un pájaro en una rama cercana, piedritas, hojitas, burbujas o el ruido de la corriente. Llenan y vacían con agua o arena los recipientes y verifican si flotan. Casi nunca se quedan solas. Siempre hay mujeres o niños de su grupo doméstico o de otros grupos. Las más pequeñas también intentan ayudar. Toman un utensilio, lo mueven y mueven, lo llenan de agua y arena y se esfuerzan para que quede limpio. Las mayores y las mujeres las dejan hacer y solo al final toman esos artefactos y los lavan ellas mismas, sin crítica negativa ni reclamo. Esta reacción revela una particularidad inherente al proceso de aprendizaje Xavante. No se espera más de un niño que aquello que su edad le permite hacer. Por otro lado, lo que tiene capacidad de hacer es respetado como tal y aceptado como participación efectiva. A salvo de ser juzgado, se siente libre para hacer de nuevo aquella tarea y, así va sabiendo cada vez más. En realidad, el ritmo de vida en Namunkurá permite que esto suceda. Un día, al regresar del río con una mujer y su hija de 4 o 5 años, la madre llevando un canasto con ropa y la hija, atrás de ella, un canasto vacío con platos de aluminio y una olla, la niña resbaló por el costado del barranco y volcó todo en el piso de arena. Al escuchar el ruido, la madre se volvió sin esbozar enojo puso su carga en el suelo, se colocó en cuclillas y continuó conversando conmigo mientras la niña, nada apenada, llevo las cosas al río para pasarlas por agua nuevamente. La madre no la reto ni la reprendió, ni le dijo lo que debía hacer. Cuando todo estuvo listo, la madre se levantó, tomo su canasto y se fueron las dos, camino a la aldea.

Lavar ropa en el río exige más esfuerzo físico y es, por lo tanto, tarea de mujeres. Las niñas lavan prendas pequeñas y ayudan a poner el jabón, tirando la ropa en la corriente y nadando para alcanzarlas un poco más adelante. Finalmente, llevan allá a la madre para que retuerza lo lavado. Casi todos los niños lavan la ropa que traen puesta, ya sucia, vistiéndola de nuevo, completamente mojada. Las madres dejan que las niñas mejores también lo hagan, sin mantener gran expectativa en cuanto al resultado. En raras ocasiones vi niños lavando ropa, aunque las madres dicen que los niños

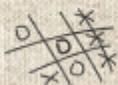


también aprenden a lavar ropa porque pueden necesitarlo estando lejos de la aldea. Siempre que van al río para lavar, mujeres y niños se bañan, aprovechando para refrescar el cuerpo. También bañan a los bebés, tarea difícil, que las madres en ocasiones seden a las niñas, permaneciendo cerca ocupadas en otra tarea. La dificultad consiste en asegurar al bebé, que llora y patalea, y al mismo tiempo lavarlo. Los juegos que hacen con él ayudan a que se calme y divierta en el agua. Las madres se ríen al ver estos juegos porque, ellas mismas, no acostumbran a hacerlos. Al regresar a la aldea, además de la ropa y la vajilla lavada transportada por las mujeres, los niños llevan agua en baldes, bidones y ollas. En el transcurso del día, pueden ser llamados para ir al río a buscar más agua, e irán sin reclamar. Al final del camino del río hay siempre cosas interesantes para ver, escuchar y hacer. En el río la diversión no falta. A veces demoran tanto para volver que las madres tienen que enviar alguien a buscarlos, o incluso ir ellas mismas.

Todos los niños se ocupan de cuidar a otros menores que ellos, especialmente bebés, que precisan estar siempre acompañados. Se quedan con ellos en su regazo, apoyados en sus hombros, tirados en las piernas, en el interior de las cestas. A veces cuidan más de uno al mismo tiempo, cuando las mujeres van a la recolección, al río, cocinan, lavan, torran harina, duermen, conversan o juegan voleibol al final de la tarde. La ausencia de la madre no dura mucho, cuando el bebe llora con hambre si ella está lejos, una tía o abuela pueden amamantarlo. Los bebés también son integrados a los juegos y tareas de los niños que cuidan de ellos: cuando juegan a la casita, a la mamá y cuando necesitan ir a cualquier lugar, instalan a los bebés en especies de "carritos" que empujan o arrastran por el suelo de la aldea.

Preparar las comidas es tarea de las madres y mujeres de la casa. Las niñas se quedan cerca cuidando para los hermanos menores no se acerquen al fuego, y a disposición de la madre para ir a buscar agua o cualquier otra cosa, o llevar algún mensaje. Preparar alimentos llama la atención de todos los niños y las niñas rápidamente aprenden a pelar, cortar, rallar seleccionar porotos, lavar el arroz. Cocinar la mandioca, amasar la masa, prepararla para el secado y torrado de la harina, son actividades hechas por el grupo doméstico extenso, fuera de la casa, siempre con muchos niños alrededor, cuya presencia no entorpece el trabajo de los adultos. Por el contrario, les gusta que participen. Los niños traen leña, alimentan el fuego y pasan la mandioca por la máquina, cuando las niñas esperan para amasar. Son las mujeres las que torran harina, porque está muy caliente cerca del fuego. En los momentos de descanso de las mujeres, los niños más grandes aprovechan para revolver la harina de la olla de fierro con una cuchara de madera de mango largo. Los más pequeños se dedican a espantar a las gallinas de las mesas de harina ya torrada.

Por ser una tarea tradicionalmente femenina, son las niñas y son los niños de hasta 4 o 5 años que regularmente acompañan a las mujeres a la recolección. Dependiendo de la composición del grupo doméstico (género y edad), hombres y jóvenes también son llamados a colaborar. En la recolección, mientras la madre hace el trabajo más pesado, las niñas juegan con los bebés, recolectan frutos, conversan, cantan, suben y bajan sobre troncos caídos, resultado del derrumbe y ayudan a colocar alimentos en las canastas. Todas traen alguna cosa para la casa, porque cada una tiene su canasto, adecuado a su tamaño. Recolectar leña es también una tarea femenina. Debido al uso exhaustivo de los suelos en torno a la aldea, consecuencia de la sedentarización, la buena leña solo se encuentra muy lejos, luego de largas caminatas. De modo que cuanto más leña se pueda traer de una sola vez, es mejor, porque la distancia a recorrer y el enorme peso de la carga resulta en un esfuerzo enorme para las mujeres. Las niñas (a partir de 7 u 8 años) también ayudan. Sus canastas, aunque de dimensiones proporcionales a su tamaño, vuelven llenas y demasiado pesadas para su, todavía,



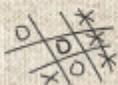
frágil cuerpo. Cuando el grupo doméstico tiene pocas mujeres y las niñas todavía son pequeñas, se recurre a los niños o adolescentes ya iniciados.

En la pesca (conseguir lombriz para carnada, preparar anzuelos y líneas, e ir a pescar a lugares alejados de la orilla del río), actividad típicamente masculina, apenas participan los niños y cada uno tiene sus anzuelos y líneas. Siempre muy comprometidos y divertidos, se muestran orgullosos cuando traen peses a la casa, por pequeños que sean. Éste es colocado en el fuego y consumido por todos, aunque solo alcance para un pedacito para cada uno. Antes de salir a pescar tienen que conseguir lombrices, en invierno escavando en el suelo húmedo de la aldea o en la orilla de los caminos, y en verano en los márgenes del río. Si lo hace solo, no consigue mucho. Si es en grupo, van un poco más lejos y demoran más en volver. También acompañan a los padres y tíos cuando estos se lejos de la aldea para pescar.

Van muy temprano y se quedan allá por el día, o pueden demorar dos o tres días. Para estas salidas solo van los niños mayores (mas de 6 o 7 años) que aprenden las artes y mañas de la pesca desde muy pequeños observando al abuelo, padres, tíos y hermanos más grandes. En la aldea, los niños acostumbran usar un palo con una cuerda atado en la punta, jugando con todo lo que encuentran en sus andanzas, como si jugasen en la costa del río, haciendo y repitiendo los mismos gestos.

Tarea masculina por excelencia, la caza cautiva a los niños desde muy temprano. Tienen sus arquitos y flechas, generalmente hechos por los padres, tíos maternos, o hermanos mayores. Proporcionalmente al tamaño de cada uno, sirven para cazar, y los usan en el monte al rededor de la ladea, entrenando puntería y habilidades de manejo, intentando cazar pajaritos u otros animales. Éstos arcos, tal como los preciados anzuelos, no son usados sin que haya intención de cazar a menos que se trate de una situación formal de aprendizaje dirigida por un adulto en la aldea. Los niños también hacen sus arcos y flechas, pero rudimentarios y menos funcionales, que van mejorando a cada intento. La necesidad de abrir cada vez más claros para recolección, el agotamiento de los suelos, la difícil recuperación del monte y la proliferación de haciendas de ganado en torno del área indígena, contribuyen para que la caza abundante solo se encuentre muy lejos de la aldea. Buenas cazas implican en días de caminata, en las cuales solo los hombres y jóvenes iniciados participan. Los niños solo van a las salidas que implican viajes cortos, que ofrecen pocas oportunidades para cazar, pero son oportunidades para aprender como los padres se orientan en el monte, la identificación de plantas, pájaros, ruidos y olores, construyendo momentos de interacción entre hijos y padres, o estrictas en el mundo femenino.

También tuve la oportunidad de seguir a dos mujeres (hermanas) y algunos de sus hijos (5-8 años) en la recolección de hojas de palmera, necesarias para cubrir el suelo de las habitaciones. Por el camino, los niños iban recolectando pequeños frutos que comen inmediatamente siempre mirando la copa de los árboles y los arbustos más bajos. A veces se escapan por el medio de la selva y aparecen por delante de sorpresa, o esperando por nosotras subidos a los árboles. De vez en cuando arrancan hojitas, las amasan fregándolas con las manos y mezclando un poco de saliva. Cuando les pregunto si era una planta medicinal las mujeres ríen y dicen que “eso no” pero que están imitando a los padres cuando va por el monte y toman hojas para curar dolencias. Y así aprenden a conocer las plantas. Lejos de los senderos, las mujeres con las palmas de las manos empiezan a cortar las hojas, dejándolas en el suelo. Los niños van detrás, toman las hojas y las dejan en un claro del monte. En cada pequeño intervalo, juegan con palitos terrones de tierra, dan vuelta a los arbustos o suben a los árboles. Las mujeres atan las hojas en dos montones enormes, que atan por el camino y recogen al



regreso. La vuelta es rápida y silenciosa, con las mujeres cargadas por el peso de las hojas colectadas. Los niños traen los machetes que utilizaban y siguen su paso, ahora sin parar a lo largo del camino. La llegada de las mujeres son celebradas, se sientan a la sombra para descansar mientras los niños que fueron y los que se quedaron en la aldea, van a sacar la paja vieja del interior de la casa, hacer un montón con él, saltar encima, esconderse allí dentro, empujando unos a otros, rodando hasta el suelo.

Los desafíos del cuerpo y la estacionalidad

En el período que corresponde a la infancia, el cuerpo se desenvuelve pasando por estadios de crecimiento muy diferenciados, en constante ejercicio, desafiando y siendo desafiado. Se convierte así, en un instrumento de juego al cual la imaginación no le da descanso, recreando la esencia de cada gesto en innumerables formas y posibilidades. Otros niños, objetos, la topografía, las estaciones del año y las condiciones climáticas, entre otros factores, ayudan a componer esa especie de laboratorio donde se experimenta el propio crecimiento. Y, aunque lo que más se evidencia sean las experiencias físicas, las emociones y las elaboraciones mentales forman parte del proceso, igualmente.

Comencemos por los movimientos más básicos, caminar, que casi nunca sucede en sus expresiones más simples: cuando necesitan ir de un lado a otro, no siempre los niños apenas caminan. Su andar toma varias formas: en un sólo pie, a los saltos, alternando las piernas, hacia otras, de costado, con los ojos cerrados, mirando para arriba o cubriendo los ojos. Dando grandes pasos o pequeños, andando muy rápido o muy lento, sobre líneas imaginarias rectas o sinuosas. El resto del cuerpo acompaña estos diferentes modos de trasladarse, propiciando el equilibrio y balanceo necesarios. La voz, expresando los ritmos y las intensidades que el cuerpo experimenta, es un componente igualmente importante. Los niños también disfrutan de girar sobre sí mismos, con los brazos abiertos, para mantener el equilibrio, intentando después avanzar algunos pasos, hasta caer completamente mareados. A veces, darse la mano de a uno o de a dos, girar juntos más y más rápido hasta que tener mareos, tambalearse y caer al suelo en medio de grandes carcajadas, o utilizar objetos (generalmente palos de varios tamaños, espesores y pesos) como prolongación del cuerpo, o para cambiar su eje, mientras caminan o giran. Estos objetos también pueden ser apoyados en los hombros, en el empuje, en la cabeza o en la punta de los dedos.

Atravesar la aldea corriendo es común a todos los niños, a menos que transporten algo que pese o se pueda caer, que estén cansados o que haga mucho calor. No porque estén apurados, sino porque el cuerpo pide movimiento. La corrida se vuelve más sofisticada con ayuda de aros, ruedas de bicicleta, o un tamiz, empujados al correr en curvas cerradas y maniobras complicadas, experimentando diferentes tipos de terreno.

Pueden estar solos jugando a correr unos como los otros, pero cuando llevan mensajes o tienen que ir a cualquier lugar, toman sus ruedas y allá van ellos a velocidad vertiginosa. Los mayores hacen representaciones que agradan a los menores. La invención y recreación de estos juegos parece no tener límites. Si es necesario llevar mandioca a la casa de alguien, o más vajilla a la mujer que está lavando en el río, improvisan vehículos para transportar su carga: una caja o un bidón de plástico cortado por el medio que impulsan con una cuerda. También transportan a los hermanos menores, de

casa en casa, para la orilla del río, transformando su tarea de cuidado en un juego divertido para ambos. A veces las cargas son un juego, por ejemplo, un soporte hecho de una lata llena de pilas usadas, tirados por una cuerda atada a la pierna al final de un palo. Protegerse en el espacio tiene muchas variantes. Saltar es otro movimiento frecuente, para ver quien llega más alto, si alcanzan la rama de un árbol un arbusto o la línea de lavado de ropa. Saltan de una cosa a otra. En una de mis estadias en la aldea había una máquina agrícola rota, dejada debajo de las mangueras. Los niños adoraban permanecer subiendo y saltando, experimentando diversas alturas y midiendo su coraje. Los cambios estacionales también propiciaban diferentes oportunidades para el cuerpo. En el río, dependiendo de la época era posible saltar del barranco o de los árboles más cercanos a las aguas profundas, precisando nadar con fuerza, o bien, pudiendo apenas atravesarlo con el agua por las rodillas y quedar en las playas haciendo bollitos o casitas. La arena suelta en la época seca es óptima para cama y rodar el cuerpo hasta el agua. En la época de lluvias, hacen eso en el área central de la aldea, cuando los arbustos y hierbas hacen una capa suave sobre el suelo. [9].

Las señales estacionales y de diferentes momentos del ciclo de renovación de la naturaleza, por otra parte, se notan de variadísimas formas. Los tonos marrones y secos de la temporada seca alternan con un verde vivo exuberante de la estación de lluvias, flanqueando la ruta de acceso y la inserción en el monte. Los calmos ríos de aguas bajas y limpias de mitad del año, seden su transparencia a las aguas revueltas y embarradas creadas por las inundaciones causadas por las fuertes lluvias de octubre, cuando las rutas se convierten en verdaderos pantanos fangosos. En la aldea, el suelo del área central, duro liso y polvoriento en la estación seca, con la lluvia se vuelve resbaladizo, encharcado, salpicado de hierba y arbustos bajos. Alimentos como cáscara de arroz y mandioca, consumidos en los meses secos, dan lugar a la sandía, choclo y banana en períodos siguientes. Por la oportunidad que tuve de observar a los niños Xavante en épocas del año bien distintas, pude constatar la existencia de un repertorio de juegos que obedecen a una estricta relación con las condiciones ambientales resultantes del ciclo y del ritmo estacional. Esos juegos establecen entre sí una relación de complementariedad, reflejando momentos de interiorización y exteriorización, concentración y expansión, descubrimiento y reafirmación de vivencias individuales y colectivas, por cierto necesarias para un desarrollo equilibrado y pleno. La vivencia de la estacionalidad implica el tejido de diferentes relaciones de espacio/tiempo en las cuales la vida doméstica, la producción familiar y la organización comunitaria se encaminan y se desbordan a lo largo del año, en arreglos que refuljan también etapas del ciclo de vida de cada individuo.

La ausencia o presencia de lluvia alteran igualmente la vida de los adultos. Cuando el tiempo está seco, al anochecer, los hombres más viejos encienden fuego en el centro de la aldea y se quedan allí hasta que sale el sol, sentados o recostados con esterillas. La llegada de la lluvia condiciona la frecuencia y la duración de estos encuentros, no encienden fuego y regresan más temprano a sus casas. Las mujeres tienen más dificultades en las tareas domésticas realizadas en el río ya que los márgenes se transforman en barrancos inclinados, rodeados por arbustos. En el verano, la salida para la recolección era al amanecer y el regreso cerca de las 11. Con el sol en alto, con la sequía y el intenso calor, con las cestas llenas y pesadas, conviene regresar lo más temprano posible a la aldea. En el invierno, en cambio, la salida para la recolección era más tarde e irregular. La mitad del día era pasada casi siempre fuera de la aldea y la comida aplazada para más tarde, porque de día se alimentaban con frutos recogidos en el camino. Estas alteraciones de la rutina de los adultos, se reflejan igualmente en la vida de los niños: en su movimiento por la aldea y caminos que circulan, en el desempeño de sus tareas y también en sus juegos, como en seguida ejemplifico.



La textura seca, lisa y dura del suelo ofrece óptimas condiciones para jugar a las bolitas, pero en un suelo de tierra encharcada, la bolita no desliza. Además, el movimiento de los pies en busca de posiciones adecuadas deja en el suelo húmedo marcas nada convenientes. Este juego, frecuente en la época seca, reúne pequeños grupos, generalmente observados atentamente por los niños más pequeños. Los que juegan, sabiéndose observados, exhiben su habilidad con seriedad ritual. A falta de bolitas de vidrio, semillas o bolitas de barro secas sirven a los mismos fines. Las lluvias alteran la densidad del suelo y anulan las condiciones adecuadas para la eficacia de jugar con las bolitas, dando lugar a otros juegos. Con un zapato, una lata o un palo, abren surcos que hacen de caminos que son recorridos por el mismo zapato, lata o palo, como si fuesen autos atravesando la selva en viajes imaginarios. Al empujar sus vehículos improvisados con latas o palos, emiten ruidos fuertes de motores, interrumpidos para intercambiar informaciones y servicios. Dibujan veredas y construyen puentes, exactamente con los mismos moldes de las que, camino a la aldea, atraviesan los ríos de la región. Podemos observar algunas diferencias entre los juegos de bolita, que ocurre en la e 'poca seca, y los de los caminos, que suceden durante las lluvias. Aún siendo ambos juegos colectivos, la experiencia de participación en el juego de bolitas es individual, se centra en sí mismo y en él se centra el blanco en su frente, y es la buena precisión y habilidad personal en la que reside el éxito de la jugada. Es un juego silencioso donde cada uno de los participantes adopta una actitud solemne e internalizada. Por otro lado, en el juego de abrir caminos sucede un movimiento de expansión exterior, hay una distribución ruidosa del juego, con los niños estableciendo relaciones ficticias entre sí, negociando, incorporando y recreando personajes, inventando caminos y lugares. La identificación de estas diferencias entre los dos juegos no tiene el objetivo de ordenarlas cualitativamente y si de sugerir complementariedad en cuanto a las posturas corporales y la interacción grupal.

Pero observemos otros ejemplos. Cuando la tierra está húmeda, se puede rascar fácilmente con un palito cuya longitud y grosor dan lugar a trazados y manejos diversos. Los niños más grandes también utilizan tapas de latas o puntas de pilas para hacer otro tipo de figuras o diseños en el suelo, más figurativos y detallados. Cuando la tierra está seca, la técnica es distinta. Traen agua del río en bidones y, dependiendo del diámetro de las ramas o si estas les permiten incorporar un chorro de agua, el diseño es hecho con marca de agua escurriendo y humedeciendo el suelo castaño claro. Además de las formas que consiguen diseñar, observan también la evaporación, que es rápida, y que causa diferentes gradaciones de castaño oscuro, hasta que todo queda castaño claro y seco nuevamente. Los dibujos que surgen no tienen formas bien definidas, porque es difícil dibujar de ese modo. Son esencialmente experiencias de lanzamiento del agua y cuando comienzan a dominar esa técnica lo que predomina son los diseños geométricos. Sucede también que dibujan una línea cerrada, cuyo espacio interior va a ser pintado con agua hasta que quede todo oscurecido. La tierra humedecida del suelo en invierno es todavía instrumento para la construcción de pequeñas casitas (ver detalle en el siguiente ítem), juego constante, individual o grupal, que incluye a niños y niñas, que no sucede del mismo modo durante la temporada seca. Húmeda es fácilmente moldeable, permite formar paredes pequeñas con las manos, enterrar palos para componer la estructura y dar forma a los detalles del interior, expresando el modelo de las casas Xavante. Presenció la construcción de casitas con otros materiales y en otros lugares, lo que evidencia un aumento de la experimentación de la destreza motora y en la exploración de la sensibilidad de texturas, densidad, formas, percepción del espacio y de aventura creativa, ya que nada viene dado y los juegos se inventan.

Todo presentado por la sabia naturaleza y aprovechado creativamente por los no menos sabios niños.



Incluso en los distintos espacios colectivos dónde los niños juegan, es fácil notar cuanto cambia el escenario de los márgenes del río en una y otra estación. En el medio del año las aguas corren limpias, bajas, calmas, transparentes. Los bordes forman playas de arena que ofrecen espacio para las tareas domésticas, conversaciones y juegos. De modo general, hay una mayor lentitud en todo. Los niños observan el fondo del río, toman piedritas y otras cosas que les provocan curiosidad y vuelven a ver que se hundan o alejarse sinuosamente en la corriente. Es la mejor época para que los más pequeños tomen contacto con el agua y aprendan a nadar. Hay más tiempo para, de acuerdo con la edad, participar de las tareas que las madres cumplen diariamente. Los niños más pequeños llegan incluso a atreverse a ir al río solitos en pequeños grupos para bañarse, buscar agua o lavar alguna cosa a pedido de las madres, ya que en la orilla el volumen de la corriente parece no ofrecer riesgos. En la época de lluvias el volumen de las aguas cubre las playitas y las márgenes son formadas por barrancos empinados y resbaladizos. Es más difícil para las tareas domésticas, pero ideal para saltar a las aguas profundas del río. La corriente fuerte, inmediatamente lleva a los niños al fin de la curva del río, dónde suben nuevamente al barranco, corren fuerte atrás y saltan nuevamente. También juegan a un tipo de toca-toca, en pares o en grupo, que consiste en dar saltos sucesivos y bajo el agua, tratando de atrapar uno al otro. En las aguas barrosas y opacas no se ve nada al bucear y es extremadamente difícil que unos encuentren a los otros. En tanto, y rápidamente, la corriente, que den tan fuerte no permite que se juegue parado dentro de río, los colocó dónde no se puede jugar, hay que subir el barranco, volver corriendo y saltar una vez más. Los grandes grupos que se forman para ese juego. En los grandes grupos que se formaban para estos juegos había niñas de todas las edades, los más chicos encantados con la audacia de los mayores y sus variadas formas de saltar al agua, y aquellos orgullos de su coraje y agilidad. Algunas de las pequeñas solo mirabas, mientras otras intentaban también saltar. Nadie las apuraba. Se sentían libres para decidir de dónde saltar, midiendo la altura en relación al río, el balanceo preciso, la distancia a que proyectar y, principalmente, su coraje para hacerlo. El límite era considerado por sí mismas. Obviamente, no era un momento tranquilo para estos niños, la emoción del desafío estaba estampada en sus rostros y en la agitación de sus vaivenes. Pero había también la seguridad de que no serían obligadas a saltar. Las madres las miran mientras hacen otras tareas, comentaban y reían discretamente entre sí, pero no interferían ni manifestaban ansiedad. Si no saltasen, la oportunidad podría repetirse en la estación de lluvias siguiente, cuando ya fueran mayores. La alteración del comportamiento, ritmo, postura, en conformidad con las alteraciones estacionales puede, a primera vista, puede parecer una casualidad. Pero pienso lo contrario. La observación que realicé entre niños liberados a sus juegos, en distintas realidades geográficas, sociales, culturales, demuestra que la recurrencia de esas alteraciones y alternancias trae consigo señales que merecen atención más detenida. Pensemos en el caso de los juegos de tradición milenaria –barrilete, bolitas, saltar en un pie, rayuela, saltar la cuerda, correr, payana– Son juegos que obedecen a mascas explicitas producto de los ritmos y ciclos estacionales. No se trata, por tanto, del cumplimiento de un calendario rígido y prefijado. Los niños que acompañé en la periferia de San Pablo comienzan a hacer volar sus barriletes cuando comienza la temporada de vientos. Sin viento no hay barriletes en el cielo. Al preguntarles qué hace que se termine la moda de un juego y que comience otro, la respuesta es “nadie lo dice... la gente lo va sabiendo” [\[10\]](#)

¿Pero lo que hay detrás de esta relación aparentemente tan obvia? En la literatura antropológica tenemos algunos trabajos clásicos que discuten cuestiones estacionales y que nos pueden servir de referencia. En la década del '30, Marcel Mauss (1974) describe comportamiento social opuesto, observado en la sociedad esquimal en verano e invierno.

Más allá de los factores ambientales que condicionan estas dos vivencias de intensidades

extremas, Mauss concluye que las estaciones no son la causa más inmediata pero sí que contribuyen a esa oposición marcada. Como es un ritmo estacional con contrastes muy evidentes, puede parecer que la vida social se ha determinado por ello, pero siguiendo a este autor, éste no sería el único motivo. Esto, porque hay otras poblaciones que no son esquimales, que viven relativamente próximas y atraviesan las mismas condiciones ambientales y climáticas, entre las cuales no se verifica esta oposición de ritmos y comportamientos sociales. Inspirado en Mauss, al analizar el modo cómo los Nuer conciben las nociones de tiempo y espacio, Evans-Pritchard (1978) verificó que estas estaban estrechamente ligadas a la vivencia del ciclo estacional y a las actividades sociales que en su secuencia se desarrollaban. El paso de una estación a la otra no sucedía en una fecha precisa. Sucedió en la medida en que las condiciones ambientales iban determinando el movimiento de las personas: la llegada de las lluvias y crecimiento de los pastos, el crecimiento de ciertos vegetales, el movimiento de peces en el río. Hay un orden lógico según el cual las actividades van transcurriendo, y cuyos puntos de referencia son dados por el ciclo de cambios naturales y la implicancia que estos tienen en la vida social. Pero, siguiendo a este autor, hay un momento en que la concepción del tiempo y espacio deja de ser solamente determinada por factores ambientales y comienza a ser penetrada por las relaciones inter-estructurales de la sociedad, reflejando la interacción de los grupos que la componen. Las conclusiones de Mauss y Evans-Pritchard se aproximan: cada sociedad tiene una forma específica de organización y concepción del espacio y el tiempo. Podríamos interesarnos en comprender las relaciones entre condiciones ambientales y geográficas, pero nos interesa centralmente intentar develar las relaciones entre los individuos, el medio y su vida colectiva. Tiempo y espacio son experiencias peculiares y esenciales de las personas en todas las sociedades, tienen un aprendizaje implícito, inconsciente por momentos y consiente por otros, pero absolutamente necesario en la formación del individuo.

La gama de posibilidades y potencialidades que cada niño experimenta en su actividad lúdica no se limita al desarrollo de la percepción de las nociones de tiempo y espacio. Lo que aquí defiende es que en el transcurso de la infancia, son los juegos que establecen los puntos de referencia para esta percepción y que, una vez incorporados, se vuelven conocimiento, tanto de dominio individual como colectivo, que acompañará al individuo a lo largo de toda su vida. El estudio de los juegos, sus ritmos y ciclos, se presenta, por tanto como un instrumento privilegiado de investigación y análisis, pudiendo traer contribuciones inéditas y sorprendentes no solo al entendimiento de los niños de cualquier sociedad, como pueden también ampliar la utilización de determinadas categorías teóricas y conceptuales usadas frecuentemente por la antropología.

Jugando a la casita.

Jugar a la casita es algo que ciertamente forma parte de nuestros recuerdos de la infancia. Detrás de las cortinas, debajo de las puntas de un mantel de la mesa del comedor, entre cajas de cartón amontonadas momentáneamente en algún lugar de la casa, entre escalones, en el espacio entre dos muebles, en un largo tronco de árbol. Usando ollitas, platitos, mantitas, muñecos de miniatura a los que vestir, luego dar de comer y bañar, que se duermen siendo acunados o en la camita. E incluso, colocándose en diversos papeles que integran historias fabulosas, dónde el escenario puede ser la casa, un castillo, un nido, una tienda, el zoológico, la estación de servicio, la entrada al edificio, el puesto de la feria, una fiesta, la guardia médica, una oficina, la escuela, la gruta, un barco pirata, una caña, etc. Incluso viviendo en medios urbanos, los niños continúan jugando a la casita recorriendo

varias de estas modalidades. Incluso aunque, en extremo, pueda ser denominada de nave espacial o shopping, el juego de la casita mantiene su esencia de construcción de vivienda, de un espacio que contenga un mundo que solo pertenece a los niños, grupal o individualmente y que, al mismo tiempo, refleja el mundo que las rodea del cual no pueden alienarse y al que necesitan elaborar. En este ítem presento este juego tal como lo presencié en Namunkurá, mostrando trazos específicos de la sociedad Xavante.

La primera vez que percibí la coherencia de este juego es cuando estuve dentro de una de las casas de la aldea, conversando con una mujer, y escuché a sus hijas de tres y cinco años respectivamente, hablando y moviéndose dentro del compartimiento del matrimonio. No entiendo lo que dicen y le pregunto a la madre. Ella ríe y me dice que están “haciendo de madre e hijita” y que van allá dentro porque les gusta jugar sin que otros las vean. Confirma que este juego sucede con frecuencia y destaca que las niñas Xavante “no tienen muñeca y juegan con los hermanos”. En otro momento, también dentro de una casa, una de las niñas usa la pared fue hecha de palmera, una totora inclinada y una esterilla y delimitan un pequeño compartimiento dónde solo ella cabe sentada con las piernas encogidas. La esterilla funciona de puerta, que ella abre y a través de la cual entra y sale en busca de algo o para hacer alguna cosa, en conversaciones casi individuales con un ser invisible para nosotras. Va luego a buscar una tela y coloca una punta de esta en la muro de paja dejando las otras sobre el borde de la totora y sobre la esterilla, cubriendo el espacio dónde se acuesta. Se queda allí, quieta y silenciosa. A veces llega a adormecerse, comenta su madre. Pasando bastante tiempo sin que se perciba cualquier movimiento, la madre se aproximó para levantar la manta y mirar dentro. Yo también me acerqué y vimos que ella está acostada y acurrucada. Cuando nos ve, esboza una sonrisa sin gracias, de ojos brillantes y la madre vuelve a cubrir su refugio. Luego, la hermana menor también quiere entrar en la casita y el juego se transforma en “madre e hijita” con la niña menor siendo acostada y cubierta por la mayor, que pasa a cuidar de ella, como por otra parte sucede en lo cotidiano. Sólo vi niñas hacer estas casitas dónde da para entrar y permanecer escondido, y que acaban por incorporar el cuidado de un hermano/na menor. Pero esto no me permite afirmar que los niños no las hagan.

Hay otro tipo de casitas que las niñas hacen frente a las casas donde viven o en la playa de la aldea, reuniendo a niños y niñas de todas las edades, principalmente en la estación de lluvias. Se trata, como ya referí, de pequeñas construcciones con tierra húmeda, erigiendo pequeños muros con las manos y dando forma al barro o pasando palitos en el suelo de modo de formar paredes. Con dificultades de construcción diferentes, las de barro, más moldeables, pero también más fáciles de romper y las de palitos, más exigentes en su confección, ambas expresa lo más aproximadamente posible el modelo de casa en que los Xavante viven. La consistencia de la tierra permite moldear las paredes externas y las divisorias internas de la casa, y decorar el interior. Pequeñas elevaciones de la superficie recta, un nivel diferente del suelo, indican camas (la del matrimonio, en un compartimiento privado y las demás en el espacio abierto de la casa), el fuego (en el centro de la casa) y la cocina (en la pared opuesta a la puerta de entrada). El barro permite pegar pedacitos de paño sobre el lugar dónde se duerme, pilas y tapas de garrafa haciendo de personas acostadas y de utensilios de cocina. Las estructuras construidas con palos puntiagudos en el suelo son un poco más difíciles de hacer y, por este motivo acostumbran ser aprovechadas por los niños menores cuando los mayores las abandonan. Los palitos tienen hasta 20 cm de longitud y son de un grosor que permite que sean enterrados sin quebrarse. La estructura externa y las divisiones internas son posteriormente forradas con latas achatadas, pedazos de plástico o de zapatillas de goma. El interior es decorado más o menos del mismo modo que decoran las casas hechas con tierra húmeda. Los materiales usados



para la construcción y decoración de las casitas son colectados en el suelo de la aldea o en el área detrás de las casas. Son pilas, pedacitos de telas, de botellas de plástico, tapas de bidones, latas de varios tamaños, papeles coloridos, etc. Los objetos usados para la decoración interior constituyen posesiones individuales guardadas en pequeños cestos que los niños traen cuando van a jugar, y que recogen cuando van de regreso. Pueden, mientras tanto, ser compartidos, sabiendo siempre a quien pertenecen: si alguien estuvo usando una pila que es de otra, cuando esta quisiera irse, puede devolverla sin que se la reclamen. Para que alguien juegue con los materiales que otra está usando, aguarda que ésta de por terminado el uso en “su” juego, lo que es indicado por la expresión *töibö* (terminó). En cuanto cada niño juega en su casita, a veces en duplas, otros mirando y esperando la oportunidad de jugar con aquella estructura y darle otra forma. Hermanos menores pueden ser incorporados, sea porque tienen que cuidar de ellos, sea porque pueden pedirles que busquen cualquier cosa que necesitan. Cercanas unas de otras, he registrado un máximo de tres casitas [11]. No he registrado ninguna formación representando la totalidad de la aldea. Un domingo sin lluvia, grupos se ubicaron a la vuelta de unas estructuras de palos y una montaña de latitas por más de seis horas seguidas, siendo variable el tiempo de participación individual.

Asistí extraordinariamente a conflictos por la posesión de objetos o casitas. Al contrario, cuando una casita es abandonada por un niño, parece obvio que luego otra la tome como propia, temporariamente. La posesión dura mientras existe una relación de significado entre tener aquellos materiales y el desarrollo del juego. Tan pronto como esto termina, se deshace la relación de posesión con los objetos, salvo para uso personal, que se almacenan en canastos cada niños, para su uso posterior.

Ésta es, creo, el mismo tipo de relación que los adultos establecen con la tierra que usan para hacer su huerta: es propia en la medida en que en ella producen. Y, del mismo modo, son personales y guardadas en los cestos de casa uno las herramientas y los productos del trabajo. Respetar la casita que es de otro y esperar que sea desocupada, puede ser reflejo de un comportamiento observado entre los adultos Xavante. Cuando una familia deja su casa porque esta vieja o porque se cambia de aldea, otra familia puede ocuparla, reformarla, usar apenas los palos que todavía están aptos para su uso, o la casa dejada sólo con cobertura puede convertirse en un lugar colectivo en cuya sobra se seca arroz, se conversa, o los niños juegan. Por ejemplo, una familia reconstruyó un antiguo *hö* (casa de los wapté, abandonada luego de su iniciación) y hace ahí su propia casa; otra, forro las paredes de una casa que antes fue utilizada como lugar colectivo. Los niños tienen la oportunidad de vivenciar este tipo de comportamiento al interactuar unas con otras. En fin, crecen presenciando igualdad en el acceso a los recursos naturales, a los conocimientos, a la toma de decisiones, aspectos importantes sobre los cuales se basa la sociabilidad de su pueblo. [12]

Me gustaría, además resaltar la estrategia de correspondencia que existe entre el número de divisiones internas de las casitas que cada niño construye y la calidad de parejas que habitan en su casa (cada pareja tiene un espacio reservado para sí dentro de la casa). Bajo la mirada atenta de las demás casa una organiza el espacio interno de su casita con detalles que reflejan su propia casa. Cuando una casita es abandonada por un niño y otro la ocupa, este siempre deja la estructura externa del modo que esta es, y cambia las divisiones internas y la disposición de los objetos. Una vez que la casita está lista, los objetos personales (cuando los hay) que traen dentro de una canastita son inicialmente despejados dentro del comportamiento interno que corresponden al cuarto donde la pareja

adulto duerme.

De ahí, son distribuidos para los otros lugares de la casa. Pueden, la mayor parte de estos objetos permanecer dentro del cuarto. En las casas Xavante, todo lo que es mas importante, personal y precioso para cada familia es guardado dentro de esta divisoria, único espacio privado en las casas. Hasta los alimentos comprados en la ciudad son guardados ahí. Es un espacio reservado a la familia, protegido de miradas indiscretas[13].

Pienso que este juego ofrece intensas posibilidades de reflexión sobre la lectura que los niños y niñas hacen de su sociedad, desde el grupo doméstico al universo de relaciones comunitarias, elaborándolas, reformulándolas y expresándolas, manifestando la percepción de trazos culturales a través del juego, una de las prácticas más comunes entre los niños de todas las culturas y de todas las épocas. La descripción que presento aquí es un recorte dentro de estas posibilidades.

Si "Juego de la casita" es la denominación mas comúnmente utilizada para diseñar e identificar este juego, otros pueblos tal vez lo denominen de otro modo. En Namunkurá, uno de los hombres más viejos me contó el significado que este juego tiene para los Xavante, mientras observábamos una escena para mi memorable. A pocos metros de nosotros una niña de cinco o seis años coloca una escoba dentro de una lata y entre esta y la pared de la casa coloca una esterilla. Del otro lado pone un papel que apoya con unas piedras dónde acostumbran romper coquitos. Para el espacio reservado que se crea entre esas paredes, ella trae un cachorro, sus zapatillas, ropa muy vieja y llena de agujeros, y unos trozos de cartón que recubre el suelo. Trae también a los hermanitos menores, de poco más de un año, que ella tiene que cuidar mientras la madre y hermanas mayores están en la cosecha, y lo sienta, entrando también ella dentro. Allí se queda un poco, entra, sale, toma el bebé, vuelve a colocarlo en el suelo, endereza las "paredes", arrastra algunos de los coquitos que sobran por ahí para acercarlos mientras va hablando, hablando... Cuando pregunto al hombre Xavante que es lo que ella está haciendo, él me dice sin pensar mucho: "ella está así... ¡jugando a ser niña!"

A modo de conclusión

La presentación de este abordaje del juego contribuye a contrarrestar la idea de que los niños no hacen nada durante el juego, o al menos nada de lo que es importante o digno de nuestra atención. En mi opinión, todo lo que ocurre durante la producción del juego es importante y merece especial atención, tanto por la antropología, como en otras áreas de indagación dedicados a la infancia. Además de los retos del cuerpo, durante el juego, el niño se relaciona simultáneamente con su mundo interior y el exterior, el establecimiento y el desarrollo de puentes, conexiones, rutas y direcciones, fundamentales para la comprensión de la vida. Mucho más que una lista de actividades que van a jugar en su día a día, la obra es un estado de ánimo que se respira en esta peculiar forma de ser y el niño en su vida, lo que le permite entereza, integridad, invención y una calma efervescente para el descubrimiento de uno mismo, de los demás, de todo.

Referencia bibliográfica

- Evans-Pritchard. 1978[1940] *Os Nuer*. São Paulo. Ed.Perspectiva, Col. Estudos.
- Frazer, James. 1982 [1911]. *O Ramo de Ouro*. Ed. de Douglas, M., Editora Guanabara Koogan, R.J.
- Geertz, Clifford. 1973. *A Interpretação das Culturas*. Zahar Editores, RJ.
- Huizinga, Johan. 1971[1938]. *Homo Ludens. O Jogo como Elemento de Cultura*. Edusp.
- Lévi-Strauss, Claude. 1989 [1962]. *O Pensamento Selvagem*. Papyrus Editora.
- Lopes da Silva, Aracy. 1983. Xavante: Casa-Aldeia-Chão-Terra-Vida, in *Habitações Indígenas*, Caiuby Novaes, S. (org), EDUSP.
- Lopes da Silva, Aracy. 1986. *Nomes e Amigos: da prática Xavante a uma reflexão sobre os Jê*. Col. Antropologia, vol.6, FFLCH/USP.
- Mauss, Marcel. 1974 [1934]. Ensaio sobre as Variações Sazoneiras das Sociedades Esquimós, in *Sociologia e Antropologia*. EPU/EDUSP, São Paulo.
- Maybury-Lewis, David. 1984 [1967]. *A Sociedade Xavante*. Francisco Alves Ed., RJ.
- Mead, Margaret. 1993[1928]. *Coming of Age in Samoa*. Ed. Planeta-Agostini, Barcelona
- Mead, Margaret. 1975. Children's Play Style: potentialities and limitations of its use as a cultural indicator. *Anthropological Quarterly*, vol.48, July, n-3.
- Nunes, Ângela. 1999[1997]. *A Sociedade das Crianças A'uwe-Xavante: por uma antropologia da criança*. Ministério da Educação, Portugal: IIE.
- Nunes, Ângela. 2003. *Brincando de ser Criança": Contribuições da Etnologia Indígena Brasileira à Antropologia da Infância*. Lisboa, Portugal: Departamento de Antropologia do ISCTE, Tese de Doutorado, 2003, 341 f. Disponível em <http://hdl.handle.net/10071/684>
- Nunes, Ângela. Entre águas que passam, brincadeiras que ficam: crianças Tuxá na margem do rio S. Francisco (texto e ensaio fotográfico), em Maria Rosário de Carvalho & Ana Magda Carvalho (orgs), *Índios e Caboclos: a história recontada*, Salvador, EDUFBA, pp. 129-146.
- Turner, Victor. 1974. Liminal to Liminoid, in Play, Flow and Ritual: an essay in comparative symbology. *The Anthropological Study of Human Play*. Rice University Studies 60:53-92
- Giaccaria & Heide. 1984. *A'uwe Uptabi. Xavante Povo Autêntico*, 2a. edição, São Paulo.

[1] Nota de la autora: este artículo es una versión compacta del un capítulo de mi disertación de maestría en Antropología "A Sociedade das Crianças A'uw?-Xavante: por uma antropologia da criança", presentada en FFLCH/USP, Brasil (Nunes 1997), publicada completa por el Ministerio de Educación, Portugal (Nunes 1999). La revisión epistemológica que en la década de 1990 dio origen al

nuevo paradigma sociológico y antropológico para estudio de la infancia no era, entonces, referencia en el ámbito de la investigación en Ciencias Sociales en Brasil. En una época en que el acceso a colecciones internacionales vía internet todavía era extremadamente limitada, apenas tomé conocimiento de este debate en 1998, en Berlín, cuando inicié revisiones bibliográficas para mi doctorado (Nunes 2003). Agradezco a Noelia Enriz y Carolina Duek, directoras de la revista Lúdicamente, por el interés e iniciativa de traducción y publicación de este texto en español.

[2]

PhD CRIA - FCSH/UNL, Portugal angelanns@gmail.com

[3] N de la T: en portugués existen dos términos diferentes para definir aspectos del juego: *brinquedo* y *jogo*. En español solo existe juego, por lo que los matices diferenciales quedarán opacados.

[4] Portugal y Brasil, escuelas, jardines de infantes, barrios, plazas y calles, en el ámbito de proyectos educativos.

[5] Los indios Xavante se identifican a si mismos como A'uw?. En su lengua esta palabra significa –gente, pueblo, nosotros- siendo esta, por lo tanto su identificación lingüística. Habitan en el estado de Mato Grosso, en Brasil central. no Brasil Central.

[6] Las palabras niñez e infancia no tienen traducción en la lengua A'uw?. El período que va desde el nacimiento a la iniciación, y que parece corresponder a la infancia entre nosotros, se divide en pequeños ciclos, cada uno identificado con términos diferenciados para género masculino y femenino (excepto para los bebés de brazos). La semejanza de la versión original desde texto, usaré los términos en lengua portuguesa bebé (de brazos) y niños (cuando ya anda) en general, diferenciando niños y niña cuando es necesario. Ver sobre las clases de edades Xavante en Lopes da Silva (1986)



e Nunes (1997).

[7] Sobre la importancia del “mirar” en la transmisión de conocimiento, ver Nunes 1999, capítulo 3.

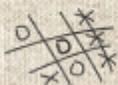
[8] Niños de 9-10 años y mas ayudan a llevar/traer cuencas como vajilla, pero solo lavan si no tienen opción. Hasta los 8-9 años lo hacen, sin problemas pero si en las familias hubiera niñas que desempeñen esa tarea ellos son liberados, aunque acompañen a las madres, tías, hermanas a la orilla del río.

[9] Además de estos juegos que acabo de describir, hay otro grupo, que también desafía el cuerpo y obliga a seguir un conjunto de reglas preestablecidas: las escondidas, la payana, el fútbol. Son juegos que involucran a muchos niños al mismo tiempo, los niños y niñas, participan con gran conmoción.

[10] Informaciones recolectadas en una investigación sobre juegos de calle en Carapicuíba, entre 1984 y 1987.

[11] Novaes (1993) afirma que en las comunidades indígenas la casa no es referencia para elaboración de identidades y si el espacio de la aldea, notando que los niños no dibujan casas aisladas y si aldeas. En los dibujos que recogí hay, en tanto, casas aisladas y agrupadas, la aldea, marcas de espacios y caminos.

[12] La convivencia de los Xavante, sin embargo, no siempre es pacífica. Entre facciones políticas hay tensiones y conflictos reales, a menudo con graves consecuencias. La referencia en la literatura a



Xavante como un pueblo enojado, se reitera por sí mismos.

[13] Para una descripción detallada, ver Lopes da Silva (1983), Maybury-Lewis (1984) y B.Giaccaria y A. Heide (1984).

